

MARIO BAEZA, MAESTRO Y AMIGO

Hace un año, en esta misma casa de Dios, despedíamos al amigo y maestro Mario Baeza. Lo hacíamos con una mezcla de tristeza y alegría, como creyentes que somos en el Señor de la Vida. Dolor por la ausencia de un amigo entrañable, alegría por su vuelta al Padre.

Al recordarlo, quiero detenerme en un aspecto de su multifacética personalidad. Pocos han hecho referencia a la fé que lo animaba, a su firme y constante compromiso con su creencia y a su entrega a la música como alabanza a Dios. Con ello no quiero caer en el consabido síndrome de mitificar positivamente el recuerdo, sino que presentar aquí su inconmovible testimonio.

Lo conocí en el lejano 1951, en el Teatro Municipal que compartíamos solidariamente las dos Universidades, de Chile y Católica, entre el Teatro Experimental, la Orquesta Sinfónica, el Ballet, el Teatro de Ensayo y el Coro de la Chile, dirigido por Mario.

No era un tipo fácil. Más bien se le consideraba una persona de una exigencia a veces desmedida. Si en definitiva todos lo seguíamos, era porque ejercía su rigor primero consigo mismo como si quisiera probar la resistencia del material humano, olvidando o tal vez no queriendo reconocer su extraordinaria capacidad de trabajo.

Recuerdo los interminables ensayos del Rey David de Honegger, seguidos entre el embelezo y la angustia por nosotros, los del Teatro de Ensayo, esperando que el director decidiera ponerle término para poder ocupar el escenario para nuestros propios ensayos. Victor Tevah, Roberto Parada, Virginia Fischer, el infaltable Mario, el coro y la orquesta saliendo por un lado y nosotros entrando con nuestros bártulos por el otro...

Hermosa época de nuestras Universidades que algún día volverá con su irrefrenable caudal de cultura hecha por todos y para todos...

Pero, sobre todo, lo recuerdo con su gran cruz colgando en el pecho, dispuesto a soportar las bromas, no siempre cariñosas, acerca de su cardenalicia figura, inventando innumerables encuentros en los que la trascendencia era el eje central de la reflexión. A través de ellos, supo contagiar a muchos con el virus de la esperanza, basada en el compromiso de lucha, sin violencia, para instalar a la belleza en la vida cotidiana. Quiso que todos cantaran, que el país entero se volviera un canto de alabanza y de agradecimiento.

Hace un año resonaron en este lugar las palabras de la antifona: “Al Paraíso te lleven los Ángeles: lleguen a tu encuentro los Mártires, y te conduzcan a la ciudad santa de Jerusalén. El coro de los Ángeles te reciba, y que, junto al pobre Lázaro, logres el descanso eterno...”

Pero, algo me pasa: no puedo imaginarme a Mario descansando...

Lo veo, más bien, alineando el coro de los Ángeles: “los bajos aquí, los barítonos y los tenores al lado, más allá las contralto y las sopranos... los músicos... por favor, rápido, afinando ya los instrumentos...”

En seguida, una mirada de esas que exigen atención absoluta, que logran suspender el tiempo y concentran toda la sensibilidad y la fuerza... Lentamente, levanta las manos y sus ojos recorren por última vez el coro completo... Sí, están listos...

Entonces, con el suave caer de los brazos, surge el milagro de la voz transmutada en belleza pura que lo invade todo, que resuena en el cielo, en la tierra, en nuestro interior recordándonos que somos materia divina, imagen palpable de la bondad y del amor de Dios. Y Mario, ahí, transportado por la música sigue dirigiendo, por fin, un coro hecho a su medida...

Sin embargo, me atrevo a pensar que se acuerda de los nombres, de los rostros, de las voces de tantos que estuvieron en sus coros aquí abajo y que en unos pocos momentos más, cuando comience el ritual de su recuerdo, él estará pendiente también de estas otras voces que le demuestran cuán importante ha sido y sigue siendo para todos nosotros su trabajo y su ejemplo.

Tenemos el desafío de continuarlo en el tiempo, venciendo las mismas dificultades que tú supiste vencer, creyendo como tú creíste, con fé y con mucha esperanza. Gracias, Mario, por lo que entregaste y por decirnos con tu vida que vale la pena creer en la belleza y gastar todos nuestros días para entregarla a nuestros hermanos como un regalo de libertad.

A ti, Dios Poeta, como te nombran en el Antiguo Testamento, te confiamos el amor y el recuerdo, la pasión, el trabajo y las obras de nuestro hermano Mario. Danos la fuerza, la constancia y la audacia para seguir su camino,

Amén.